

CARLOS ALBERTO DISANDRO (1919 - 1994)

El pasado 25 de enero falleció en Alta Gracia (provincia de Córdoba, Argentina) el Dr. Carlos A. Disandro, amigo y colaborador de CIUDAD DE LOS CESARES. Pocos días antes había llegado a nuestra Redacción su último artículo, que se publica en este número.

El Dr. Disandro era un filólogo clásico y un humanista en el sentido original de la palabra. En el mundo de la Universidad latinoamericana, tan a menudo mundo de prestigios burocráticos y acomodados intelectuales, destaca como uno de sus más valiosos frutos y como un auténtico maestro. Fue, pues, profesor en las universidades de La Plata y de Buenos Aires, y profesor visitante en algunas universidades chilenas. Una amplia bibliografía queda como testimonio de su labor (*), amén de numerosos artículos y conferencias, algunas de ellas, por cierto, ya irrecuperables. Animó los Institutos de Cultura Clásica de La Plata y Buenos Aires, de cuya revista *Caput Anguli* fue director (por cierto, el nombre de esta publicación alude a un símbolo evangélico, con referencia explícita a René Guénon). Dirigió también de la revista *La Hostería Volante* (esta vez, evocación de G.K. Chesterton, que se publica, con intermitencias, desde 1958).

Este seco currículum académico no agota, sin embargo, la significación de Carlos A. Disandro. Pude ser más didáctico mentoreando a sus autores favoritos a Píndaro y Virgilio, Parménides y Anaxágoras, San Juan Evangelista y, entre los modernos, Hölderlin y Rilke. Señaló, por cierto, el mismo y a parte de la música de hecho, entre sus colaboraciones a CIUDAD DE LOS CESARES están los artículos dedicados a Mozart, a César Franck y, por último, ahora, a Tchaikovsky; pensaba que Música y Poesía eran potencias reveladoras y regeneradoras del Cosmos, como ecos del canto divino de las Musas.

Sus afanes fundamentales pueden apreciarse a través de toda su obra, en líneas que confluyen y se entrelazan. Una de ellas expresa el amor por los clásicos griegos y latinos, que no era en el mero estudio académico de textos acaso muertos. Pues veía en las lenguas griega y latina realidades vivientes: a través del canto, de la poesía, del pensamiento esclarecedor de la Hélada; o -para decirlo con las palabras que prefería- a través del *hymnos* (cantar, celebrar), del *noein* (pensar) y del *legein* (decir, el, legar), resurge la luz de los *hyperbóreos*. Del mundo del mito -*mythos*- viene este nombre, que para el Dr. Disandro representa una fuente absoluta, un principio operante en la Historia y, cierto, desgastado en el discurso histórico, escenario del contraste entre "reino olímpico" y "fuerzas aquerónicas". Y sin embargo, el principio *hyperbóreo*, "por naturaleza, vive incólume en la incólume edad de oro" de aquella fiesta que convivió Perseo...

No menor, pero de otro plano, es la importancia de Roma. Es, sobre todo, la sabiduría política práctica de los romanos; su "ontismo político", alumbrador de *res publica* y de *imperium*; el acto político fundacional, posibilitante de realización histórica; la lengua, que dio vida a las naciones de América Rominica.

Otra línea manifiesta su angustia de cristiano y católico que veía llegados los tiempos anticristicos. Su fe, en todo caso, no era ajena a su vocación de humanista, ya que, como recordaba con insistencia, sólo la semántica griega hacía inteligible el *teandrismo* (el Dios hecho hombre), elemento central del cristianismo, desde luego. En esta materia, como en otras, el Dr. Disandro estaba con lo mejor de la tradición católica, representada por los Padres de la Iglesia y por teólogos como el Pseudo-Dionisio Areopagita.

Una tercera línea era su preocupación por América, la América nuestra, como él decía, la América Rominica heredera de Roma, por tanto, Tierra de cosmogonía invadida -subvertida-, que aún pugna por salir del "barro genésico" para consolidarse como *iustissima tellus* en frase de Virgilio. Tierra depredada, a la que ya en tiempos coloniales el racionalismo barroco apartó de la iluminación del griego; y a la que, sin embargo, la libre dispensación del griego podría regenerar en su pensar. América es un mundo que exige crear o parecer, sostenía también. Así, la conjunción del griego y de América sería el gran acontecimiento de la Historia Universal, en un momento en que "parecen agotadas ciertas instancias, promociones y condecoraciones semánticas". Por eso, proclamaba, "llamemos a Homero en lugar de Ignacio de Loyola...; a Parménides en lugar de Descartes...; a Píndaro en lugar de Neruda y Octavio Paz, a Plotino en lugar de Marx; a Sólen en lugar de Lenin".

Tocamos, en fin, la línea de las inquietudes políticas de Carlos A. Disandro. El arraigo a la patria concreta -Argentina, en su caso-, la vislumbre del destino americano, se traducían en una toma posición política ineludible; sin renunciar a su estado de hombre de letras, desde luego. Estas inquietudes se pueden resumir en la pretensión inicial de *La Hostería Volante*, tal como la recordaba en 1970: "mantener en claro la voluntad nacional, ...servir a la inteligencia argentina, denunciar el programa funesto de una sinarquía universitaria, establecer un contacto con lo más decisivo y noble de nuestra conducción política". Había adherido a las luchas de los trabajadores de su patria y a su conductor histórico, Juan Domingo Perón, y participaba activamente en los Centros Juicialistas de Estudios Geopolíticos, últimamente en misión de rescate de un movimiento traidor y de símbolos usurpados. Contra las ocurrencias del presente, insistía en que había que entender la política como *operatio aesthetica*, como un "hacer"; y en que la política, por referirse a la naturaleza propia del hombre

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Alberto Disandro [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile